

(XXV.) LAS ESFERAS DE LA GLORIA VENIDERA Ethelbert W. Bullinger¹

Extracto de: “Los Fundamentos de la Verdad Dispensacional”²
Cotejado con la versión española de Rhode Flores Ward (antes: Barceló)³

Todavía queda algo más que aprender acerca de las Dispensaciones, antes de que podamos entender correctamente la posición única y la maravillosa enseñanza de las últimas Epístolas Paulinas escritas desde la cárcel en Roma.

Al hablar de las Dispensaciones, normalmente se habla de dos, la antigua y la nueva, pero debemos traerlas, como todo lo demás, al estándar de la Palabra Escrita para ver si hemos aprendido de los hombres o de Dios, de la tradición o de la revelación. Hasta cierto punto todos estaremos de acuerdo.

1. Todos estaremos de acuerdo en que el gran tema de las profecías del Antiguo Testamento es el de un Israel restaurado y de una tierra regenerada (Mt. 19:28). Es, sin duda, innecesario citar las muchas profecías que hablan del tiempo en el que la tierra estará llena del conocimiento y de la gloria del SEÑOR como las aguas cubren el mar (Nm. 14:21, Sal. 72:19, Is. 6:3; 11:9, Hab. 2:14).

Estamos de acuerdo con todos nuestros lectores en tomar a estas profecías en su sentido literal; y en no intentar explicarlas, o quitarles importancia, mediante alguna interpretación espiritualizada que les reste toda su verdad y poder.

Todos esperamos ansiosamente el momento en el que “El que esparció a Israel lo reunirá” (Jer. 31:10), cuando “serán todos enseñados por Dios” (Jn. 6:45, Isaías 54:13); cuando “los reinos de este mundo se han convertido en el

¹ Nexo al original para cotejar la traducción:

<http://liveweb.archive.org/web/20140605101019/http://bibleunderstanding.com/Foundations%20of%20Dispensational%20Truth-Bullinger.pdf>

² Bullinger, E. W. Los Fundamentos de la Verdad Dispensacional. *CLIE*, 1985, pp. 295-307. [ver **Referencias Adicionales** al final]. **Nota:** Me parece que el Editor de este trabajo, publicado póstumamente pudiera haber sido su más cercano discípulo Charles Welch, quien llevó hasta el extremo el tema del “Dispensacionalismo”.

³ Información acerca de Rhode Flores: <http://liveweb.archive.org/web/20150324201521/http://messianic-literary.com/rhode.flores.translator.htm> [Ver otra traducción de este mismo capítulo en “Mira Sólo a Dios”: <http://liveweb.archive.org/web/20150716185013/http://mirasoloadios.blogspot.com.ar/2013/08/las-tres-esferas-de-la-gloria-futura.html>]

reino de nuestro SEÑOR, y de Su Cristo” (Ap. 11:15); y cuando la Jerusalén terrenal será restaurada en una gloria mayor que toda su gloria de antaño.

El reino y la esfera de bendición y gloria estarán *sobre la tierra*; y el nuevo Israel, con un corazón de piedra cambiado a un corazón de carne y con un nuevo espíritu, que traerá “los frutos de justicia” (Ez. 36:24-36; Mt. 21:43). Esta será la regeneración (o *palingenesia*) cuando los apóstoles se sentarán “sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel” (Mt. 19:28). Esta será la primera y más baja esfera de bendición. Será *sobre* tierra, y *debajo* de todos los cielos. Éstos serán “el *pueblo* de los santos del Altísimo” (Dn. 7:27).⁴ Todas las naciones de la tierra serán partícipes de esta bendición conforme a la promesa original que Dios le hiciera a Abraham.⁵

2. Pero Abraham y su simiente espiritual son “los santos del Altísimo” que son algo diferente de “el pueblo” (de estos santos) sobre la tierra (Dn. 7:18, 22, 25), y que ocupan un distinto lugar en la esfera *celestial* de este mismo reino. Éstos, conforme a las palabras del Señor en Lucas, serán “iguales a los ángeles”, “hijos de la resurrección” (Lc. 20:34-36), levantados en la “primera resurrección” antes de los mil años de la bendición terrenal para Israel y para las naciones “bajo todos los cielos” (Dt. 4:19; Ap. 20:4-6). Estos pertenecerán a “esa gran ciudad, la santa Jerusalén”, a la que Juan vio “descendiendo del cielo, teniendo la gloria de Dios; y su luz como la de una piedra preciosísima”. Esta “santa Jerusalén” se describe plenamente en Ap. 21:9-27. Se trata de la “ciudad que tiene LOS fundamentos” que se le había enseñado a Abraham que buscara (Heb. 11:10) cuando él “vio el

⁴ **Nota** del Editor original (inicialmente aparecía al final del capítulo, pero me pareció mejor ponerla en su contexto): El pasaje citado como si estuviera a favor es el de Dn. 7:27, en donde, (Bullinger) afirma, que “el pueblo” se refiere a la simiente que habrá de heredar el reino terrenal, y “los santos” a aquellos del “llamamiento celestial”. Pero las palabras en el original parecen únicamente significar: “el pueblo santo”, un término frecuentemente usado para referirse a Israel como nación. Le suplicamos al lector que note los versículos 18, 21, 22 y 25 del mismo capítulo, en donde se designa a “el pueblo” como “los santos”, y en Dn. 8:24 y 12:1, 7, comparándolo con la Versión de los Setenta (LXX, la *Septuaginta*) y usando como referencia a Gesenio (*Gesenius*) en relación al término caldeo. Ver también, Rom. 9:5 y 11:5, y 1 Cor. 10:5. Es cierto que no todos obedecían las leyes dadas por Moisés, pero aquellos que deliberadamente se negaron a creer, que menospreciaron la ley de Moisés, no gozaron de ninguna bendición terrenal, no tuvieron Reino en la Tierra; para tales no quedaba más que el dejarlos separados (ver Heb. 10:28). Sin embargo, hemos dejado esta sección XXV, a fin de que los lectores puedan seguir el consejo fiel del Dr. Bullinger para que juzguen por sí mismos, especialmente debido a que en realidad se trata de un tema colateral, y no afecta a la línea principal acerca de la verdad dispensacional. (Esta es la nota del editor de la versión inglesa, publicada por Samuel Bagster & Sons LTD).

⁵ Gn. 12:3, 4; 17:4; Sal. 22:27, 28; 67:4; Is. 2:4; 11:10, 12; 42:1, 6; 49:22; 52:15; 55:5; 60:3, 5, 11; 66:12, etc.

Día de Cristo y se gozó” (Jn. 8:56): porque, como la “fe viene por el oír”, Abraham debió de haber *oído*; y este “oír” debió de haber venido “de la [hablada] palabra de Dios” (Rom. 10:17).

Esta es la “herencia” de aquellos que, como Pedro les declaró a los creyentes de la Dispersión: “han obtenido una preciosa fe semejante a la de nosotros”. Dicha “herencia” es “incorruptible, e incontaminada, y no se desvanece, porque está reservada en los CIELOS para vosotros”. El griego; mediante la figura *Homoioteleuton*, enfatiza esta “herencia” como siendo no terrenal, sino *aphtharton*, *amianton*, *amaranton* (1 Pe. 1:4). Se declara que los habitantes de la ciudad celestial serán “la novia, la esposa del Cordero” (Ap. 21:9).

Desde el llamamiento que se le hizo a Abraham estas dos simientes siempre han existido: la terrenal y la celestial. La una fue comparada por Jehová con “el polvo de la tierra” o “la arena del mar” (Gn. 13:16; 22:17), y la otra fue comparada con “*las estrellas del cielo*” (Heb. 11:12; Gn. 15:5). Ambas expresiones sugieren multitudes, pero la primera está especialmente relacionada con la bendición *terrenal*, mientras que la última denota a “los participantes del llamamiento celestial” (Heb. 3:1), quienes, al igual que su padre Abraham, buscaron una porción y bendición celestial, a la *ciudad* “que tiene los fundamentos”. (Después de este contraste, el editor original nos indica leer la nota al pie número cuatro que se presenta en la hoja anterior).

“Conforme a la fe murieron todos estos, sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo y saludándolo desde lejos, y habiendo confesado que ellos eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen ponen en manifiesto que están buscando un país de su propiedad. Y ciertamente, si hubiesen estado pensando en aquel del que salieron, ciertamente hubieran tenido tiempo de regresar. Pero ellos anhelaban un país mejor, esto es, uno CELESTIAL; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque Él les ha preparado una ciudad” (Heb. 11:13-16).

¿Dónde y qué podría aquella ciudad haber sido si no fuera la ciudad que se le mostró a Juan “*descendiendo de los cielos a partir de Dios*”, los fundamentos de la cual se describen específicamente en Ap. 21:19 y 20? A través de las edades, desde el día de Abraham hasta el presente, a éstos “partícipes del llamamiento celestial”, que son el remanente fiel, se les puede

seguir el rastro. Ellos integraron “la congregación del Señor”, y siempre se les menciona como tales.

No todo el pueblo de Israel estaba integrado por personas que frecuentaban el tabernáculo y el templo y que eran adoradores. No todos ellos cumplieron con las leyes dadas a Moisés, ni ofrecieron los sacrificios prescritos, ni asistieron a “las fiestas de Jehová”, ni llevaron a cabo el ritual que había sido ordenado. Aquellos (probablemente unos pocos, como sucede en la actualidad) que se reunían para esa adoración a Jehová reciben el nombre de la “asamblea” o de la “congregación”.

La palabra hebrea para “congregación” viene de la palabra *kahal* (de la que sin duda se origina la palabra en inglés para ‘llamar’, la que se escribe “*call*”). El verbo significa *llamar, formar asamblea, reunirse*; y el nombre es usado para cualquier asamblea así convocada. Setenta veces en la versión Septuaginta del Antiguo Testamento se traduce como *ekklesia* (que es la misma palabra para “iglesia” que se usa en el Nuevo Testamento).⁶

Actualmente se utiliza en la expresión “la *ekklesia* (o iglesia) del SEÑOR” en Dt. 23:1, 2, 3, 8; 1 Cr. 28:8; Mi. 2:5. En Nehemías 13:1 es “la *ekklesia* (o iglesia) de Dios”. Es esta *ekklesia* (o iglesia) que se dice que es la “congregación”, en el Sal. 22:22; 26:12; 35:18; 40:9, 10; 68:26.⁷ En el Sal. 22:25 se habla de ella como “la gran *ekklesia* o congregación”, y en Sal. 149:1 como “la *ekklesia* de los santos”. Esto es a lo que David se refiere en el Sal. 22:22, cuando dice:

“En medio de la *congregación* te alabaré” (v. 22), y:
“De ti será mi alabanza en la gran *congregación*” (v. 25).

Es el uso que se hace de la misma palabra en los Evangelios cuando el Señor dijo:

“Sobre esta roca edificaré mi *ekklesia*” (Mt. 16:18).

⁶ En la lengua inglesa, la palabra hebrea se interpreta como “congregación” (congregation) ochenta y seis veces; “asamblea” (assembly), diecisiete veces; “compañía” (company), diecisiete veces; y “multitud” (multitude), tres veces.

⁷ En Nm. 16:3 y 20:4, la palabra hebrea *kahal* se traduce en la Septuaginta como sunagoge = sinagoga. En la Versión Revisada (inglesa) esto se traduce como “la asamblea del SEÑOR”.

Él no utilizó, al hablar a los israelitas, esta palabra en el sentido nuevo, exclusivo, y especial que se usaría *después* en la revelación de “el secreto” en las Epístolas escritas desde la cárcel (por Pablo); sino en el sentido más grande y amplio que tiene en el Antiguo Testamento, que Sus oyentes comprenderían como abarcando a toda la asamblea de los que creían y adoraban a Jehová, quienes eran “partícipes del llamamiento celestial” (Heb. 3:1).

Cuando el Espíritu por medio de Esteban habla de “la *ekklesia* en el desierto” (Hch. 7:38) Él se refiere a esta congregación de adoradores fervientes. Aquellos que se *mantuvieron* confiados “bajo la sombra del Todopoderoso” durante los treinta y ocho años que habían sido sentenciados a ir de un lado para otro en el desierto (ver Sal. 90 y 91).

Cuando el Señor añadió a la *ekklesia* los que iban siendo salvos (Hch. 2:47), después de Pentecostés, los añadió a los 120 que antes de Pentecostés se reunían en asamblea continua y diariamente en el Templo (Lc. 24:53):

“Y perseveraban unánimes cada día en el templo (ya no ofreciendo sacrificios ni participando de la comida que había sido provista), sino partiendo el pan (o comiendo, como en Lc. 24:30, 35 y Hch. 27:35) *en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo.*

Y el Señor añadía cada día a la iglesia (*ekklesia*) los que habían de ser salvos (Hch. 2:46-47).

Es cierto que las palabras “la iglesia” (gr. *ekklesia*) en el versículo 47, las omiten todos los críticos textuales (aún los más conservadores y menos “modernos”), Lachmann, Tischendorf, Tregelles, Alford, Wescott y Hort, y la Versión Revisada (inglesa); pero aquí no estamos enfatizando la omisión, porque aún como aparece ahora, así es usada en el Antiguo Testamento en el sentido de “la congregación del SEÑOR”, y no en el sentido posterior, como se encuentra en la Epístola a los Efesios; porque ellos no lo hubiesen entendido (ni tampoco nosotros hoy en día, si no hubiésemos visto esa última Epístola).

Cuando Pablo dice que “perseguía a la *ekklesia* de Dios” (1 Cor. 15:9; Gá. 1:13), no usa la palabra en un sentido que hasta ese momento no había oído, o del que ni siquiera tenía la más remota idea. Sus palabras han de ser entendidas en el

mismo sentido con el que él las utilizó en ese entonces; y no hemos de leer en cualquier pasaje de Escritura lo que fuera el tema de una revelación *posterior*, especialmente cuando el sentido está perfectamente claro tal y como se expresa.

La palabra *ekklesia* en los Evangelios, en Hechos y en las primeras Epístolas Paulinas han de ser entendidas por nosotros en la usanza que tuvo en el Antiguo Testamento (Septuaginta) como simplemente significando la *congregación*, o asamblea, o compañía de aquella gente que estaba adorando a Jehová, los “partícipes de un llamamiento celestial”, teniendo una esperanza celestial, una esfera de bendición celestial, y que andaban buscando su parte en la “resurrección para vida”.

Ya había sido revelado desde el pasado que habría una resurrección (ver Job 19:25-27; Os. 13:14; Jn. 11:24); pero más adelante fue también revelado que habría **dos** resurrecciones: una para vida y una para juicio. Pablo dio testimonio de la primera como siendo la esperanza de aquellos que eran adoradores de Dios (Hch. 24:14, 15); David esperó por ella (Sal. 16:9-11; ⁸ 49:14, 15), y también Daniel (Dn. 12:1-3).

El Señor habló claramente de la primera como de “la resurrección del justo” (Lc. 14:14), y como “la resurrección de vida” (Jn. 5:29). “Por la palabra del Señor” fue revelada una esperanza adicional, o más bien, una expresión de la esperanza, en Jn. 11:25-26. No había solamente la esperanza para aquellos que habrían de tener parte en la “primera resurrección”, sino para aquellos que estarían “vivos y esperando” cuando ese evento tuviera lugar. La “palabra del Señor” primeramente la mencionó, y el Espíritu Santo mediante Pablo la expandió en 1 Tes.4:16-17.

Se refiere al Señor, no solamente por el hecho de que él es “la Resurrección”, sino porque él es también “la Vida”. Él dice:

c| Yo soy la resurrección

d| y la vida.

c| El que cree en mí, aunque muera, vivirá (de nuevo). (Para él), yo seré “la resurrección”

d| y todo el que esté vivo, y esté creyendo en mí de ninguna manera morirá por siempre. (Para él) yo seré “la vida”.

⁸ Aunque el Salmo se refiere al Mesías (Hch. 2:27-31; 13:35), no podemos excluir a David mismo, aunque su expectación aún “no se cumple” (ver Sal. 49:15).

Esta era (y sigue siendo) la esperanza para todos los que son “partícipes del llamamiento celestial” (Heb. 3:1). Muchos de ellos se encontrarían presentes cuando viniese el Mesías. Eran aquellos:

que “esperaban por la consolación de Israel” (Lc. 2:25),
que “buscaban por redención en Jerusalén” (Lc. 2:38),
que “confiaban que el Señor fuese quien habría de redimir a Israel (Lc. 24:21),
que “esperaban por el reino de Dios” (Mc. 15:43; Lc. 23:51),
que eran “tantos cuantos le hubiesen recibido” (Jn. 1:12),
que “con toda satisfacción recibieron la palabra de Pedro o de Pablo” en el Día de Pentecostés y después (Hch. 2:41, 8:14, 11:1, 17:11),
que “recibieron la palabra en medio de mucha aflicción” (1 Tes. 1:6), y que, “cuando recibieron la palabra, la aceptaron no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual trabaja eficazmente en ustedes que creen” (1 Tes. 2:13),
que “no recibieron lo que había sido prometido” (Heb. 11:39), sino que lo creyeron y lo abrazaron mediante creencia.

¿Quién de entre nosotros no ha estado en dificultades en relación a aquellos de los que hablamos como siendo “los santos del Antiguo Testamento”? Bueno, pues aquí los vemos a lo largo de todo el Antiguo Testamento como integrando a “la iglesia (o asamblea) de Dios”, “partícipes del llamamiento celestial”, poseyendo una esperanza celestial y expectantes de una esfera celestial de bendición.

3. Esto nos trae a otra esfera de bendición, la más alta en gloria. Se había mantenido en secreto “durante edades y por generaciones”. Es el eterno “propósito” de Dios, propuesto desde “antes de la fundación del mundo”, y hasta ahora había sido “hecho manifiesto” al haber sido entregado a los escritos proféticos (Rom. 16:26). Era un secreto sin relación al Israel terrestre, ni con los “participantes de un llamamiento celestial”, sino en relación con Cristo y con los electos miembros de su cuerpo.

Aún en el ministerio de Cristo este secreto se encontraba entre las cosas que él no les podía revelar ni siquiera a los doce apóstoles en la privacidad del

apuesto alto después de la Última Cena. No solamente era que él no les podía decir estas cosas en ese momento, sino que los mismos apóstoles no hubieran sido capaces de soportarlas si se las hubiera dicho.

Y si el Señor no mencionó estas cosas en los Evangelios entonces, ciertamente los apóstoles no podrían haberlas “confirmado” en los Hechos de los Apóstoles más adelante. Eran “las cosas de Cristo”, por ejemplo, aquellas cosas que se destacan por tener una relación especial con él, las cosas relacionadas con *toda* la verdad, “la verdad” que no estaría completa sin ellas. Ellas estaban por necesidad reservadas por “el Espíritu de verdad” para ser reveladas. “Él os guiará hacia *toda* la verdad”. Estas preciosas “riquezas de la gracia” y de la gloria, éstas fueron las *doctrinas* que tenían por fundamento los hechos de la misión de Cristo, que aún no habían sucedido; aunque en ese entonces estaban muy cercanas.

Esos eventos en la vida de Cristo sobre la tierra fueron el fundamento de las doctrinas edificadas sobre ellos; y sin ellos las doctrinas no se habrían conocido. Hasta que él no hubiese padecido, muerto, sido levantado, y ascendido, ¿cómo podían las doctrinas de Efesios 2:5-6 que estaban basadas en estos acontecimientos haber sido reveladas y enseñadas?

Pero esta especial venida, ministerio, y guía de “el Espíritu de verdad” ha de ser aplazada para nuestra próxima sección, porque hemos por necesidad, incluir esa última fase lo que “Jehová había hablado” antes de que empecemos nuestra consideración de las Epístolas que fueron escritas desde la cárcel, porque entonces, y solamente entonces, podemos encontrar las “riquezas” de la gracia y gloria a las cuales habría de guiarles el Espíritu Santo, las buenas nuevas de lo que estaba destinado a llenar la prolongada era de la ceguera de Israel y de la oscura (espiritualmente hablando) noche de la nación (Is. 60:1-3).

La Epístolas escritas en Prisión, que siguieron inmediatamente a la proclamación de la ceguera y endurecimiento judicial de Israel (registrado en Hch. 28:25-26), tienen como su uno y gran tema la revelación de la esfera o ámbito final de bendición y gloria que se destaca en relación especial con “Cristo y su iglesia”.

Esta esfera no se halla *en* la tierra.

No está *sobre* la tierra.

Se encentra en los más altos cielos.

Es por ello que no tiene nada que ver con las “señales y prodigios” terrenales que habrían de seguir a aquellos que en feliz obediencia creen lo que está allí escrito. Este lenguaje sobresalientemente exaltado nunca antes o desde entonces se ha aplicado de creyentes humanos. La mera gloria de esa esfera es inconsistente con cualquiera de las señales *terrenales* o manifestaciones por muy maravillosas que fuesen, u ordenanzas por muy significativas que hubiesen sido.⁹ Aquellas Epístolas ven al que cree en ellas, no con “señales siguiéndoles”, sino que lo ven como “muerto” a este mundo y a todas las asociaciones y conexiones terrenas, y como habiendo sufrido juntamente, muerto juntamente, sido levantado juntamente y que está sentado juntamente con Cristo en los cielos más altos. Aún los “afectos” y los “pensamientos” no han de preocuparse de las cosas terrestres; sino que han de estar centrados en “las cosas de arriba”, en donde Cristo ya está sentado a la diestra de Dios.

Por lo tanto no leemos en aquellas Epístolas acerca de la venida de Cristo a la tierra, sino más bien acerca de nosotros siendo removidos para estar con él en donde él se encuentra; ni acerca de su *parousia*, o presencia sobre la tierra, o “en el aire”, sino acerca de nuestra presencia y manifestación con él en su propia gloria; ni acerca de la *anastasis* o resurrección (que es el tema de las Epístolas Paulinas tempranas), sino acerca de la *ex-anastasis* (Fil. 3:11) y del “llamamiento de lo alto” (Fil. 3:14),¹⁰ que es el tema de las Epístolas tardías; ni acerca de alguna felicidad personal que *nosotros* podremos tener, sino acerca de la gloria personal de Cristo, de la que tenemos el maravilloso privilegio de compartir.

En conexión con esto quisiéramos llamar la atención a una palabra, que, a nuestro juicio, es la verdadera palabra clave de las Epístolas escritas en Prisión, y de la más alta esfera. Es una palabra notable, que se encuentra en *esta forma*, solamente aquí en el Nuevo Testamento. Aparece solamente *una* vez con anterioridad, en Rom. 13:9, pero allá aparece en la voz del presente *pasivo* (*anakephalaoutai*), y significa “se resume”. Pero en Ef. 1:10 es el aoristo en infinitivo de la voz *media* (*anakephalaiosasthai*). Esta diferencia la ignoran tanto la Versión Autorizada como la Revisada (versiones inglesas), que leen la la voz *Media* de Ef. 1:10 como si fuese la *Activa*. Éste es un error casi imperdonable, con vistas al ordinario lector de la Biblia, que sin duda tiene el derecho a tener una traducción gramaticalmente correcta desde semejante lugar.

⁹ Puede ser que incluso sean apropiadas para los “participantes del llamamiento celestial”, aunque resulten impensables para aquellos que se den cuenta de su posición como se describe en Col. 1:12-14; 2:20.

¹⁰ Es totalmente incorrecto interpretar el griego *ano*, alto, como si fuese un adjetivo calificativo del carácter de ese “llamamiento”, porque es un adverbio que se refiere a la dirección.

Traducida correctamente, la palabra y todo el pasaje enfatizan el factor subyacente de que en todas las cosas allí reveladas, nuestro Padre Celestial, PARA SÍ MISMO, ha deseado lo que aquí se expresa, es decir, que

“... conforme a Su buena voluntad, que Se había propuesto en SÍ MISMO, con la finalidad de una dispensación de la plenitud de los tiempos, (DE RESUMIR PARA SÍ MISMO), todas las cosas en Cristo: cosas en los cielos y cosas en la tierra, todas en Él, en quien fuimos tomados como una herencia, habiendo sido preelegidos conforme al propósito de Aquel que trabaja todas las cosas conforme al consejo de Su propia voluntad, para que lleguemos a ser para la alabanza de Su gloria quienes inicialmente hemos esperado en Cristo.”

Esto será suficiente para mostrarnos que el *kosmos*, como se muestra en Col. 1:15-16, es un más grande, más alto, y de un nivel superior a aquel de la *gloria terrenal*, o que aquel de la gloria reservada para aquellos que son “partícipes del llamamiento *celestial*”.

El Antiguo Testamento, los Hechos y las Epístolas Paulinas tempranas tratan de la más baja esfera de gloria, pero las Epístolas tardías revelan una esfera de liderazgo y herencia por *encima* de la tierra o de los cielos. 1 Cor. 15:40 habla de la gloria “terrenal” y de la gloria “celestial”, que difieren la una de la otra. Pero existe una esfera de gloria *cósmica* (si es que podemos usar la palabra en este contexto) muy por encima de todos los seres creados, ya sean principados, o poderes, o fuerza, o tronos, o dominios, que se mencionan (aunque no se definen o explican) en Ef. 1:21; Col. 1:16 en relación con Cristo, quien llegará a ser la “Cabeza por encima de todo”. Esto incluye el sojuzgar a todos los enemigos, y el aplastamiento final de la cabeza de “la antigua serpiente”, el diablo.

Es por esto que el gran esfuerzo del enemigo, ahora, es el de cegar las mentes de los hombres de tal manera que la luz de estas “buenas nuevas (o evangelio) de la gloria de Cristo” permanezca oculta ante ellos (2 Cor. 4:3-4). Y es por esto que nosotros, quienes le obedecemos a Dios mediante el creerle a Él referente a esta, Su más grandiosa y más gloriosa revelación, debiéramos de apreciarla como nuestra mayor esperanza y tema constante; y, no siendo “ignorantes de las artimañas usadas por Satanás”, ya que así se nos advierte en contra de su ataque, por lo que sabemos hacia donde hemos de dirigir nuestra defensa.

En otras palabras, hemos de esforzarnos para dar a conocer “las riquezas de la gloria” que se relacionan con esta tercera y más alta esfera de bendición y gloria y honor para “Cristo y su Iglesia”.

Referencias Adicionales:

Hace años preparé la lista de los trabajos de E. W. Bullinger para el Internet para la desaparecida Geocities, que algunos otros sitios han rescatado, tales como el sorprendente archive.org (el que recomiendo usar para preservar sus páginas importantes de la web antes de que desaparezcan):

https://web.archive.org/web/20050907142449/http://www.geocities.com/thatbles_sedhope/plin9k1.htm

Allí vemos que:

LATER PUBLICATIONS: Book. The Foundations of Dispensational Truth (see 1911, The Lord Hath Spoken) *Truth for Today*, Lafayette, Ind.

1911 Articles. The Lord Hath Spoken: The Foundations of Dispensational Truth.

El libro original con referencias a la mayoría de los trabajos de E. W. Bullinger es:

Juanita S. Carey. E. W. Bullinger : A Biography. *Kregel Publications*. Revised edition, 2000, 288 p.

Otro libro en el que encuentro semejante información a la de este artículo es:

1902 Book. The Apocalypse or, The Day of the Lord (see Articles, 1900-1901; new title: Commentary on Revelation). *Kregel Publications*, Grand Rapids, Mich. ([HTML Zip](#) , [DOC Zip](#) , [PDF Zip](#))

HTML Online:

https://web.archive.org/web/20111121032744/http://philologos.org/_eb-ta/people.htm#Visions

Comenzando en: “We must remember the three distinct "callings" revealed in Scripture.” Y terminando en: “... all is confusion the moment we introduce it.”